

¿¡INDEPENDENCIA EN CATALUÑA!?

Una propuesta desde la ecología social y el municipalismo libertario

Cataluña: algo importante, preocupante y (tal vez) esperanzador.

1) El escenario

Aunque también se trate en Cataluña de una dinámica de radicalización identitaria propia de un momento histórico en el mundo moderno, se asienta en un sustrato histórico bien diferente al de los demás países de Europa y del mundo. Cataluña, Galicia como Euskal Herria son unos de estos lugares geográficos donde los pueblos de la península ibérica, a lo largo de la historia han resistido con más ahínco al centralismo y al absolutismo de la monarquía española. Por un lado, desde un principio, sus clases más desheredadas y explotadas así como el campesinado ahondan profundamente sus raíces en sus comunidades naturales y tradicionales en un marco bio-regional específico y las han guardado y defendido con recelo formando naturalmente un pueblo específico, una cultura y unas naciones informales. Muy distinto del nacimiento del nacionalismo catalán en la clase media a finales del siglo XIX, durante el asentamiento del capitalismo, un fenómeno compartido en esa misma época con otras partes del mundo. Pero Cataluña se distingue sobre todo por ser en la historia, uno de los lugares con mayor capacidad de resistencia obrera al avance brutal del capitalismo y seguidamente, con las mayores realizaciones revolucionarias de signo libertario en 1936. Mientras y en paralelo, el movimiento catalanista sigue su progresión en las clases medias y contamina a toda la burguesía, el potente movimiento obrero sigue con toda lucidez su camino propio. Así pues el 6 de Octubre de 1934, cuando Companys de Esquerra Republicana proclama el Estat Catalá, la CNT se reafirma y declara que “...para el pueblo escarnecido, para los explotados, no puede haber diferencia entre los gobernantes... todos son fascistas cuando de defender los privilegios se trata....” Pero tras el golpe de estado de 1936 y pese a la heroica resistencia popular, en 1939 se asienta el fascismo franquista en toda España, llevando a cabo su “misión pacificadora” (esa de los cementerios diría Bernanos) durante 40 años, o sea la de acabar con el movimiento obrero y campesino, lo que constituirá un auténtico etnocidio de clase. Pero cabe resaltar que el franquismo no fue algo unilateral y que parte de la burguesía catalana, como la banca March, también apoyaría a “la cruzada” franquista, junto con la Iglesia. Luego el modo de producción capitalista moderno, con su reto consumista y pese a duras luchas obreras, acabarían con esa tradición de resistencia al capitalismo al igual que con cualquier perspectiva revolucionaria.

Pese a la dictadura niveladora, en Cataluña el franquismo no pudo acabar con la resistencia a la castellanización. Tras la transición, igual que en otras zonas de

resistencia cultural, la Cataluña administrativa recoge el fruto de esa resistencia, consiguiendo un gobierno propio y un “estatut” que se irá afianzando con las bonanzas acordadas por partidos de índole nacional a cambio de los sucesivos apoyos electorales. Parte de la cultura catalana se ha podido conservar en cierta medida, e incluso recuperar el predominio del idioma propio, pero la evolución de la lógica capitalista y sus categorías (Estado, mercancía, trabajo abstracto, valor, etc...) han causado los mismos estragos que en los demás lugares tanto en el estado español como en Europa o en el resto del mundo (masificación urbanística, acoso turístico, descalabros ecológicos, pauperización, individualismo, competitividad, y un largo etc.). Pero contrariamente a los demás países, subsiste en el cuerpo social, sea de forma consciente o no, el poso de las heridas provocadas por la guerra civil y el franquismo, unas heridas sin curar y que son parte constitutiva de nuestras respuestas a los conflictos en todo el estado español. Este será el sustrato que nos permitirá comprender la situación actual que se vive en Cataluña. Empezaremos por el contexto económico de capitalismo avanzado en que estamos todas inmersas.

II) El contexto general de una sociedad capitalista

No hemos de perder de vista esta lúcida declaración de un político de los más conservadores e ilustres del Partido Socialista francés:

« Claro, está la economía y el paro, pero lo esencial es la batalla cultural es identitaria ». Manuel Valls, 4 de abril del 2016

El proceso de las identidades modernas no se puede entender fuera de su inscripción en el funcionamiento lógico y la dinámica del capitalismo, en cualquier lugar del mundo.

Antiguamente, en las sociedades pre-modernas, el sujeto social estaba codificado de antemano y sin ambigüedad en esas sociedades mayoritariamente comunitarias y campesinas, de Órdenes y Castas. Hoy en día, ocurre todo lo contrario para el sujeto moderno quién tiene que afirmar constantemente su identidad jamás concedida de antemano, sino que es realizada como tarea coercitiva y obligatoria a través de una autodisciplina que interioriza las obligaciones del contexto-forma al que se enfrenta y al que reproduce. Respecto a este tema la forma e identidad que toma el sujeto, en las sociedades en las que reina el modo de producción capitalista, aparece como una gigantesca colección de identidades únicamente funcionales, de las que la forma primera y fundamental es la identidad individual. Esta individuación primaria siempre tiene un doble, una necesaria proyección abstracta compensatoria y que se manifiesta por la adhesión de los sujetos capitalizados en vastas identidades colectivas (equipos de fútbol o partidos políticos, nación, patria, etc.). Pero, contrariamente a lo que sucedía en las sociedades pre-capitalistas, unidas localmente en comunidades de apoyo mutuo y a menudo enfrentadas a los amos, estas nuevas entidades, ahora abstractas, se caracterizan por una ausencia de lazos sociales palpables, directos y de empatía entre las personas. Así pues, las naciones capitalistas también tienen, ayer como hoy en día,

un resorte interno incorporado en la forma-sujeto moderno.

III) Las ideologías de crisis y la experiencia del sujeto moderno

Para paliar esa ausencia, las ideologías de crisis del capitalismo, la adhesión subjetiva del sujeto moderno a la forma-nación en su vertiente moderna de neo-nacionalismo, tiene por fundamento la experiencia de este mismo sujeto “monetarizado”. Moldeado por las relaciones sociales capitalistas y la superestructura ideológica promovida por la industria publicitaria, el sujeto se enamora estructuralmente de *una omnipotencia potencial*, ya que con el dinero supuestamente se puede todo. Las cualidades del dinero, el sujeto las hace suyas y son también sus fuerzas esenciales. Sobre todo en las clases más desfavorecidas, pero no solamente, también le permite darse cuenta de su total impotencia frente a su relación concreta con la sociedad que le hace frente y le imprime su dinámica sin que pueda intervenir concretamente. Las ideologías de crisis del capitalismo se basan en esa contradicción estructural, en esta frustración básica. Y es la adhesión a esas vastas entidades colectivas abstractas lo que permite al sujeto olvidar el sentimiento de su propia inferioridad, y es lo que Erich Fromm identifica como “narcisismo colectivo de crisis”.

IV) Capitalismo y mercado identitario.

Así pues las guerras han sido el resultado más trágico de este “narcisismo colectivo de crisis” que siempre se fue forjando en tiempos de crisis, con la máscara identitaria-patriótica. Esta lógica se manifiesta dentro del contexto del capitalismo moderno de los años 80 y 90 en África con un auge de las identidades étnicas. Le sigue de cerca el mundo árabe con un resurgir islámico y luego una ola de pasiones nacionalistas y de odio en la Europa del Este post-comunista, siendo la guerra de Yugoslavia su culminación brutal y dramática. El nacionalismo sigue su carrera en la muy católica y conservadora Polonia, como en la Rusia de Putin o en la Hungría de Orban.

Al final de la multiplicación auto-mantenida del capital fictivo a partir de los años 2000, el colapso del boom post-fordista, en las propias zonas centrales del capitalismo avanzado, se inicia una oleada de intolerancias identitarias sedientas con instaurar un orden cultural y étnico homogéneo. De nuevo se reivindica “Francia para los franceses”, “América first”, “Britain first” etc., con sus respectivas consignas de una pretendida “homogeneización de la fuerza de trabajo nacional”.

Esta nueva “producción de masa y de tradiciones inventadas” como las llama Eric Hobsbawm, alimenta río arriba el mercado de lo identitario, en un momento de crisis económica, donde la competitividad se vuelve más aguda que nunca y los contratos basura se multiplican. En este supermercado de lo identitario encontramos gran variedad de todo aquello que pueda complacer a los individuos sueltos, dándoles además la ilusión de una elección propia. A nuestra disposición tenemos el

religionismo, el neo o micro- nacionalismo, el separatismo, el populismo identitario y hasta los más sofisticados productos del postmodernismo, como lo es el sofisticado neo-racismo “etno-diferencialista” de extrema derecha o aquellos de izquierda que se esconden detrás del concepto de “choque de civilizaciones” o “diálogo de civilizaciones”.

Pese a sus especificidades, como bien lo hemos señalado anteriormente, Cataluña no escapa a esta lógica del arraigo y producción de esas identidades funcionales abstractas que se iniciaron a finales del siglo XIX, conjuntamente con el asiento del capitalismo.

V) En Cataluña

En Cataluña, una gran mayoría ha optado, con un entusiasmo característico, por el traje nacionalista de un halo de izquierdas aunque no podamos desdeñar la corriente nacionalista de derechas y su patriotismo subterráneo. Y ello, por el solo hecho de tildar de “República catalana” al “futuro Estado, frente a la monarquía española, polarizando por una lado a los dos nacionalismos y por otro, con la ayuda de la brutal represión del Estado central, avivar a las emociones con los recuerdos, resucitando las heridas del franquismo y de la guerra civil. La realidad es que los empresarios de entidades colectivas abstractas, tanto de derechas como de izquierdas, no son más que los funcionarios del capital en su fase de descomposición. Lejos de oponerse, siguen nadando en plena corriente. ¿Cómo podría ser de otra forma ya que todos, hasta los más atrevidos independentistas “anticapitalistas”, solo se conforman con dar vueltas en el molde que les es asignado por el juego capitalista? ¿Crear otro Estado, un Estado Catalá, “más justo, capaz este de repartir las riquezas con equidad”?, o sea copiar más de lo mismo reproduciendo la principal categoría del capitalismo: el Estado. **Además, el proteccionismo y el “regulacionismo” aun siendo de cuña nacionalista, y solo por ser catalanes, nunca jamás han podido ni podrán oponerse, a esa inherente y estructural naturaleza destructiva del capitalismo, la de crecer o morir, por mucho que se regule.**

1) La “inesperada” irrupción del relato catalanista

“Vivimos en un mundo de presente continuo, en el que el pasado no existe, donde todo empieza y acaba en el momento espectacular”. Guy Debord.

Si bien se puede entender con cierta facilidad que el patriotismo español haya calado en casi todo el estado español, gracias al Estado-nación-marca, por su largo pasado ultranacionalista y su abrumador despliegue cultural escolar y mediático, por lo general cuesta más entender, **como en tan pocos años la burguesía catalana, a su vez lo ha conseguido en Cataluña.**

Sin duda alguna, ese vacío político dentro del contexto anteriormente aludido de un capitalismo avanzado en crisis, haya facilitado la irrupción de este relato catalanista

apoyado desde hace tiempo por un sustrato cultural como lo son el idioma y una historia propia mitificada. La torpeza y una buena dosis de fascismo por parte del gobierno central, heredero del franquismo, también ha sido decisivo para fortalecer el “Parlament catalá” y regalarle el aura de víctima. Pero tampoco podemos menospreciar el largo proceso de elaboración del relato catalanista, varios años de persistente excitación de la fibra nacionalista para ampliar la base del independentismo catalán. Tal vez lo que más importe sea la parte simbólica emocional, esa que mantiene la exaltación nacionalista a lo largo de los años con el himno “Els segadors”, “la estelada”, “la sardana”, las fiestas conmemorativas como la Diada con su connotación independentista e interclasista al reunir el conjunto de la nación catalana, **clases confundidas**, en torno a la derrota del 11 de septiembre de 1714, a manos de las tropas borbónicas del antecesor del actual rey de España, Felipe V. Este relato se ha ido fraguando con inteligencia, mucha imaginación, empeño y estrategias adecuadas. Por último en estos últimos años han desarrollado una gran habilidad en la **utilización de medios comunicativos para agudizar las fibras emocionales nacionalistas. Las han extendido hasta conseguir desplazar de las memorias los hechos más recientes y molestos, esos más radicales, de espectro más amplio de tipo asambleario.** Así pues, los sectores más decididos en levantar asambleas decisionales, crear lazos, vínculos concretos y democracia directa se han visto relegados al olvido, como fue el acto más emblemático de “rodear el Parlament” en el verano del 2011. Pero es más, no solamente han conseguido que se olviden los hechos, sino que le han dado la vuelta a la contestación para que terminen, en septiembre del 2017, **luchando por esas mismas Instituciones de Catalunya contra las que pelearon seis años antes.** Olvidado también el hecho de que CiU, además de apadrinar a los Mossos, uno de los pilares del nacionalismo catalán, fue quién apoyaría la ley Mordaza en julio del año siguiente en las Cortes españolas. Todavía más espantoso el olvido de la brutal represión del 15 M por los Mossos, plaza de Cataluña, la posterior muerte de Andrés Benítez en el Raval por esos mismos Mossos y también Esther Quintana, herida de gravedad. **En esa misma plaza de Cataluña, hace bien poco, la multitud pasaría a aplaudirles, pedir para ellos la plena autonomía y convertir en héroe a uno de sus comisarios.** No podemos por nuestra parte olvidar que las concentraciones del 15M fueron un terreno de predilección para introducir el tema nacionalista, que cuajaría en sus militantes menos necesitados y por lo tanto menos preocupados por las desigualdades sociales. Así es como, **entre represión, irrupción de Podemos y los nacionalistas catalanes, se fue debilitando el 15M.** El remate del relato independentista catalán lo iba a proporcionar el atentado islamista en las Ramblas de Barcelona, cuando durante unas cuantas horas, los Mossos fueron los únicos protagonistas, dándole un atributo de Estado pleno al Govern. El proceso es bien conocido, ese que se basa en el miedo y la muerte y que induce la sumisión de la población a cambio de la protección y la tranquilidad que supuestamente les otorga el Estado. Pese a que también el gobierno central les respaldaría, el Govern acertó en su jugada mediática al **presentarse como el único y gran protector, descartando al Gobierno central, o sea como si fuese ya el proto-Estado Catalán.** La otra cara

menos visible es la del pos-fascismo moderno que subyace al neutralizar políticamente el espacio público y expulsar todo aquello que consideren subversivo, delincuente, o dicho con metáfora post-moderna, “residuos sociales”.

2) La última estocada

Otra buena aportación al relato nacionalista fue de estilo sofista, ese de asimilar el “derecho a decidir” con la imagen de las urnas, en base al proceso democrático, defendiendo la libertad del voto con ahínco, insistencia y volcando todo el aparato de gobierno para promover este hábil reclamo. Todo este conjunto de elementos sumamente emotivos fueron los que se dispararon en la sociedad catalana el día 1 de Octubre, cuando se incitó a la población a que se pronunciara por el referéndum y fuera a votar en masa. Por primera vez en la historia de este país, después de la transición, se vio a las fuerzas represivas del Estado español, impedir brutalmente la utilización de las urnas; unas urnas camufladas que habían buscado frenéticamente días antes, sin éxito alguno. Desafiando todo el despliegue policial, tras un rocambolesco recorrido, desde China, pasando por Francia, el Govern, urnas confiscadas, urnas duplicadas, todo ello conseguiría que el día anunciado las urnas estuviesen presentes en los colegios electorales. Este éxito del Govern, el 1 de Octubre, levantaría mucho entusiasmo, **una exaltación del sentimiento de justicia sin duda por delante del nacionalista. De tal manera que para muchos catalanes, estos dos sentimientos no harían más que uno. A partir de ese día, nacionalismo sonaría como justicia, como dignidad, un eco de revancha a las represiones franquistas y, tal vez para muchos, incluso la destrucción de Barcelona en 1714.** La población catalana fue a votar en masa, pacíficamente y decididamente, pese y también debido a la brutal represión de los cuerpos de policía del Estado español y a que los Mossos se mostraran discretos. El Govern no defraudó a nadie y así se reafirmaba y podía reivindicar una “legitimidad”.

VI) Una oportunidad para nuestro proyecto político emancipador de Municipalismo Libertario en este momento de tensión

En primer lugar denunciar firmemente la represión por parte del Estado español y el odio promovido por este último, hacía el pueblo catalán.

Respecto a la estrategia nacionalista no podemos negar que el voto del 1-O, haya sido todo un acierto y un desafío al estado español. Representa de hecho y por primera vez, un intento de romper el régimen de 1978, como pacto político del olvido y como tal una puerta abierta a la esperanza de socavar la legalidad franquista. Pero esa táctica de ruptura acertada no nos tiene que ocultar lo esencial. **Y es que cualquier modificación de unos procesos constituyentes, aunque procedan de independentistas de izquierdas, sin una modificación radical de las relaciones**

materiales de producción capitalista, al fin y al cabo ni nos van ni nos vienen.

Queda por ver si la independencia aportaría mejoras económicas para aquellas personas más desheredadas, pero en el mejor de los casos, no significaría más que una ilusión prolongada. Al fin y al cabo, la independencia no nos eximiría ni de la corrupción generalizada ni del colapso que viene. Es cosa de las políticas vacías y profesionales de todos los partidos políticos, de una parte y otra de las fronteras nacionalistas, el pedir que los “ciudadanos electores” se movilicen en nombre de una abstracción compartida, la de una “unión nacional” **interclasista, siempre favorable a las multinacionales (sin y con sello CAT)**, la burguesía y la patronal, se llamen españolas o catalanas. Si bien apoyaremos todas las iniciativas para denunciar el régimen del 78, sabemos que nuestros esfuerzos no son a corto plazo ni se pueden quedar atrapados e instrumentalizados en el marco de unas restringidas fronteras. La liberación del pueblo catalán también dependerá de la liberación de los demás pueblos con lo que el internacionalismo de nuestra voluntad liberadora sigue siendo de una prioridad irrenunciable.

Tampoco compartimos ni nos dejaremos arrastrar por las propuestas de aprovechar las movilizaciones y la exaltación para darles un cariz de revueltas violentas, eso que a veces se cualifica de “dinámica revolucionaria”. Sabemos que este aventurismo cercano a ciertos movimientos izquierdistas e incluso libertarios, no pueden más que desembocar en un impase por falta de asentarse en una previa y sólida construcción social, y unas políticas autogestionarias ricas de una cultura emancipadora, con un imaginario espiritual político cargado de ética y con una total afinidad entre fines y medios. Sin embargo si que aprovecharemos esas oportunidades para abrir brechas que como procesos locales puedan a su vez abrir puertas hacia otras perspectivas auténticamente emancipadoras.

Vistos estos presupuestos, y dado que los barrios, pueblos y otros actores continúan muy vivos, nos queremos afirmar con una postura clara en estos tiempos tensos y convulsos pero también de cuestionamientos, porque **representan una oportunidad de reflexión, de diálogo y de propuestas rompedoras y esperanzadoras...**

Nos negamos a caer en ese pesimismo inmovilizador que consiste en afirmar que en las condiciones actuales, “en el caso del presente conflicto, las posibilidades de un cambio de carácter emancipador son estrictamente nulas.”

No podemos negar las brechas abiertas en Cataluña, aunque solo se refiera al golpe asestado al monolítico imaginario político abstracto de la llamada transición en el estado español. Esto ya es mucho y no podemos negar que el mayor mérito del independentismo ha sido el de haber desvelado el mito del Estado de Derecho.

Claramente estamos en contra del Estado español y su legalidad, tanto como heredero de un franquismo todavía sin juzgar ni condenar y a la vez como pieza maestra del capitalismo tanto nacional como transnacional. Por supuesto este último imperativo también lo cumpliría el proto-Estado catalán, pero todavía estamos lejos de ello.

Oponerse al Estado español desde la voluntad de otro Estado, no solamente es poco

interesante, es sencillamente aventurero y perdedor, sabiendo que los más perdedores siempre serán las personas de a pie, las más desfavorecidas. Sabemos que somos minoría dentro de la minoría y que tendremos que abrirnos paso entre banderas de todo tipo, aquellas que llevan las modas y los himnos ensordecedores de la sociedad del espectáculo. Esas identidades imaginarias que impiden que hablemos juntas aquellas personas conscientes de las trampas políticas, todas tendencias confundidas, tendidas por el capitalismo a través de las instituciones del Estado.

Pero también sabemos que las contradicciones de los discursos que se oponen nos permiten introducirnos en sus intersticios, con el firme propósito de ensanchar el debate y permitir que se expongan nuestras propuestas políticas ancladas en las prácticas pre-capitalistas todo y como en las luchas y las alternativas presentes.

Nuestras propuestas, además de ahondar en unas profundas raíces históricas de las que hemos de resaltar las más genuinas e inspirarnos de ellas, precisamente en nuestro pueblo catalán, se alimentan además de un análisis radical de lo que representa el capitalismo hoy en día. La ecología social analiza las categorías más fundamentales del capitalismo con el fin de desvelar las trampas en la que no hemos de caer, de aquellas categorías que por pertenecer al capitalismo y por utilizarlas no servirían más que para defraudar al pueblo y renovarlo, o sea al final reforzarlo. Para darnos un ejemplo, los financieros y sus finanzas tan denunciadas por muchos supuestos anticapitalistas, no son la causa sino las muletas de la sociedad de mercado que sin ellas se hubiera derrumbado. En el fondo, lo que se avecina, detrás de la crisis financiera, no es más que el agotamiento de las categorías básicas del capitalismo como la mercancía, el trabajo, el valor y el dinero que lo representa y que alimentan a toda la estructura capitalista, siendo el Estado, una pieza maestra. Habiendo tomado acto de esta estructura y su mortífera dinámica, la Ecología social, propone que no nos dejemos cegar por los nacionalismos o cualquier otro “divertimiento”. Nos advierte de la pauperización progresiva de las personas más desfavorecidas y del triple colapso que se avecina con rapidez: el energético, el alimentario y el climático. Pero está preñada de una herramienta política coherente no solamente para evitar las trampas tendidas. Se propone unir fines y medios para evitar las derivas y que las sociedades humanas no se enfrenten entre sí, sino todo lo contrario, alaben sus diferencias como una auténtica riqueza, practiquen entre sí el apoyo mutuo y permitan que sus comunidades se integren en los ecosistemas de sus respectivas “bio-regiones”. Esta herramienta política llamada, según los lugares, Municipalismo Libertario, Comunalismo o bien Confederalismo democrático, parte del territorio político más pequeño en base a las asambleas de calles y barrios en las los pueblos y ciudades. Previamente se tendrán que crear grupos de estudio para tener un mapa de todas las características del lugar, tanto históricas como geográficas, ecológicas como económicas, considerando tanto las fuerzas políticas en presencia como las potencialidades, tanto sociales como naturales. Con un buen conocimiento del marco histórico y cultural, del terreno social y político por parte de esos grupos de estudio, estos podrían conectar con las personas y grupos sociales más conscientes, pero a menudo políticamente desilusionados, y poner en evidencia **la insensatez del**

menosprecio y abandono del marco político. Demostrar que el delegar su propio poder en manos de grupos o estructuras políticas profesionalizadas, no es más que abdicar y favorecer el actual sistema destructor. Por el contrario, el municipalismo libertario rompe con el marco normativo de las democracias representativas, como única vía impuesta para impedir que algo cambie de verdad y que se cuestione el capitalismo. Siendo así, el municipalismo libertario se propone retomar toda la carga cultural propia de los “Països catalans”, un profundo conocimiento de su pasado de resistencia al capitalismo y sus propuestas revolucionarias. Con ese rico sustrato, el municipalismo libertario hace un llamamiento a las personas y grupos más conscientes y decididos para que las calles sean nuestras de verdad y no unas vías para que corran los fantasmas nacionalistas. Ahí concretamente podemos, empezando de la base, de lo local, reunir todas nuestras inquietudes, nuestras propuestas y exponerlas, evidenciarlas y potenciarlas en el mínimo espacio político. Siendo también ese espacio político el auto-coordinador de los grupos tanto reivindicativos como alternativos en todos los aspectos de la vida. Los barrios federándose entre sí y la confederación coordinando a las federaciones, podremos crear una autentica fuerza política y social internacional que, al reunir medios y fines, asiente las bases de un mundo nuevo. Así pues el municipalismo libertario abre una etapa nueva para socavar las instituciones actuales y promover una democracia directa partiendo de las calles, los barrios, los pueblos y las ciudades descentralizadas.

Si algo tenemos que aprender de la eficacia actual de los independentistas es esa capacidad de volver a crear un relato, y partiendo de una realidad palpable volver a darle vida a esa potencia mítico-política de pueblo que otrora tuvimos los libertarios. El municipalismo libertario, contrariamente a los partidos políticos, no lo tiene todo programado. Sabiendo que el camino será largo, precisamente por la urgencia del reto y porque el camino lo haremos todas y todos juntos, el municipalismo libertario tiene sin embargo algo que ningún partido puede ofrecer en estos tiempos en los que el fin del mundo es más fácil de imaginar que el fin del capitalismo.

El municipalismo libertario todo y como el Confederalismo democrático en Rojava o el zapatismo en Chiapas, nos ofrece ese relato y esa potencia que le otorga una meta posible, un imaginario político espiritual creíble, ese de un mundo donde caben muchos mundos, o sea, la de un mosaico de pueblos unidos en la diversidad y en simbiosis con la naturaleza.

**Y ahora, ¡que florezcan las iniciativas!
¡Viva el pueblo catalán y vivan los demás pueblos del estado español y del mundo!**

**El grupo organizador de los II encuentros de ecología social de Bilbao
los 27-28y 29 de Octubre del 2017.**